



# EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XXXIX

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NÚM 11365

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Península.—Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extranjero.—Tres meses, 11'25 id.—La suscripción se contará desde 1.º y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración

REDACCION Y ADMINISTRACION MAYOR 24

MARTES 17 DE OCTUBRE DE 1899

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado, y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París; A. Lorette rue Cauvart 61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31.

## LA ASOCIACION DE EMPLEADOS

Toda idea generosa debe ser estimulada. Y como lo es la que ha presidido la formación de la sociedad de empleados del comercio y la industria, la aplaudimos, la elogiamos y la servimos, deseando que se prospere para hacerse grande y cumplir los fines á que esta llamada.

El principio de que la unión constituye la fuerza está reconocido como axiomático. Para defenderse de los más poderosos, se alían entre sí los estados pequeños y aun para mantener el imperio de la paz pactan unos con otros los llamados de primer orden. La nación, la provincia, el municipio, el gremio, todo se agrupa de acuerdo á adquirir consistencia, sumando esfuerzos que neutralicen el ataque probable contra el goce de derechos adquiridos ó intereses creados. Los trigueros se confederan para lograr el precio de sus tierras á un precio favorable; los mineros se agrupan para impedir que se les mermen las utilidades del subsuelo; los obreros se amparan en las cooperativas para comer barato ó se unen constituyendo sociedades de ahorro, para asegurarse un pedazo de pan el día que les sobreviene un accidente que les deja inútiles ó inutilizan naturalmente por el agotamiento de fuerzas físicas.

El momento presente pertenece á la asociación. El individuo se ha convencido de que por sí mismo puede poco y pretende robustecerse aliándose á sus afines. De este modo, á cambio de la pequeña ayuda que ofrece á la masa, recibe auxilio poderoso que no lograría de ninguna manera permaneciendo aislado.

Para el que trabaja y recibe por

la labor del día cantidad modesta que no le permite dejar un sobrante con que atender á necesidades del futuro, constituye honda preocupación el porvenir; amarrado á la mesa del despacho, vivirá como la ostra agarrada á la piedra; pero ¿y después cuando la vista falte y las manos tiemblen, qué será del humilde empleado? ¿O pesará con pesadumbre harto desagradable sobre sus parientes, recibiendo un pedazo de pan no siempre á gusto, o tendrá que pedir amparo en un asilo.

La asociación aparta de la vista ese fantasma y alumbrá el porvenir incierto de esos empleados. De ellos depende vivir en todo tiempo de los propios recursos. Hasta ayer se preocupaban con motivo del mañana. En adelante la asociación les ofrece su amparo y á cambio de un pequeño sacrificio pueden conquistar el derecho á vivir sin extraños y molestos auxilios.

La asociación de empleados merece todas nuestras simpatías. La idea que ha presidido su formación es muy plausible. Por eso la aplaudimos, la elogiamos y la servimos en lo que podamos.

## LIJENETAZOS

Toda la prensa de España ha publicado la siguiente noticia:

«Después de porfiadísima gestiones han logrado cobrar todos sus atrasos los maestros de instrucción pública de Zamora.»

La publicidad que se ha dado á la noticia y los comentarios que le ha puesto cada periódico, han debido hacer enrojecer á mucha gente.

Pero ya verán ustedes como no cande el buen ejemplo y siguen los demás maestros sin cobrar sus atrasos.

Perderían los ayuntamientos españoles su carácter más distintivo si liquidaran eso.

Los alumnos catalanistas de la Universidad de Barcelona han pretendido

quemar un pañuelo rojo y amarillo como símbolo de la bandera española.

Por cierto que no lo consiguieron por oponerse la policía.

Pero esta se durmió en la suerte y en vez de amarrar con el trapo á sus dedos, los dejaron marchar á sus casas.

¿Do está el rigor saludable de que hablaba el señor Dato? No está en el benigno trato que da á esa gente culpable. Con emplastos y blanduras no se cura á los traidores; se necesitan mejores sistemas para esas curas.

Dice un periódico que los catalanes no se han excedido hasta ahora.

En general puede que no.

Pero en particular ¡ah! es na-la gritar muera España y echar al fuego la bandera!

Si eso, que es una monstruosidad, no es excederse ¿qué entenderá el colega por salirse del tiesto?

El Sr. Silveira ha manifestado que el Gobierno sigue dispuesto á proseguir las negociaciones para alcanzar la libertad de los prisioneros de Filipinas.

Y ha añadido que el gobierno, ya que está en muy buenas disposiciones.

Si, y también Aguinaldo está dispuesto.

Pero los pobres prisioneros de Filipinas corren peligro de no ver más la patria.

Y sus pobres familias siguen subiendo la cuenta del calvario sin que nadie les ayude á llevar la cruz de su dolor.

## EL VECINO

(CUENTO)

Paseaba un día con mi buen amigo el doctor Martínez, y después de charlar de múltiples cosas, recayó la conversación sobre las escuelas que los médicos se veían obligados á presenciar.

—Mire V.—me dijo mi amigo—cuadros muy tristes y figuras horriblemente desgarradoras han visto estos ojos; pero no me han faltado incidentes cómicos en el ejercicio de mi profesión.

Recuerdo un caso que me ocurrió á poco de establecerme en Madrid, que el traerlo á la memoria es uno de los re-

corsos más poderosos en mis momentos de spleen.

Ya sabrá V que apenas terminé mi carrera, ingresé en Sanidad Militar y fui destinado á Filipinas, permaneciendo en aquel archipiélago unos cuatro años escasos. Lo mal que me sentaba el clima, y una cuestión, harto enojosa, que tuve con uno de mis jefes, me obligaron, respectivamente, á regresar á la Península y á pedir mi separación del Cuerpo.

Decidido á establecerme en la Villa y Corte, me instalé con mi fiel tío Antonio, en un piso principal de la calle del Desengaño, y empecé á trabajar con tanta fortuna y acierto, que al poco tiempo reuní una clientela bastante numerosa y regularmente escogida.

Yo soy de un carácter retraído, y en casi ninguna de las casas que he habitado, entablé relaciones con la vecindad, y aún puedo asegurar que ni el nombre de mis convecinos supe nunca.

Pero en la calle del Desengaño me llamó tan poderosamente la atención el inquilino que vivía en el principal de la casa de enfrente, que llegué á lo que jamás he hecho: á encargar á mi antiguo asistente, y moderno criado, que averiguase el nombre de aquel señor.

Y á fé que el individuo en cuestión no tenía en su aspecto cosa merecedora de que se fijasen en él. Bajito, rechoncho, completamente calvo, de blanco y poblado bigote, con gafas y decente en el vestir, no se distinguía por nada llamativo, por nada chocante. Lo que más me llamó la atención fué su vida; que bien pudéramos llamar *eremitéica*.

A las diez de la mañana, cuando yo me ponía en pié y abría de par en par las vidrieras de mi cuarto—higiénica costumbre que no abandono—le veía entrar en su domicilio, de vuelta, sin duda, de una excursión matinal. Antonio me dijo que á las dos en puntotornaba á salir, y que á las cinco, ni minuto más ni minuto menos, regresaba á su solitaria vivienda; y digo solitaria porque, según referencias de mi doméstico, el señor D. José Fernández—qué así se llamaba—no tenía mas acompañante que un magnífico gato negro; siendo la portera la que le arreglaba el cuarto y preparaba su modesta y parco comida.

Un día, cuando Antonio entró á des-

portera había estado á buscarme de parte de mi ordenadísimo vecino, que se encontraba sumamente molesto á causa de agudos dolores que sufría en una pierna.

Apenas terminé la consulta que en mi casa tenía, pasé á la de enfrente, y acompañado del *cancerrbero* hembra, entré en el despacho del señor Fernández, que me saludó con una sonrisa melancólica y dolorida, propia de un hombre que hubiese sufrido mucho, ó que no hubiese sufrido nada y se figurase que la mas leve dolencia era signo indudable de próxima muerte.

Le examiné. Padecía un fuerte ataque de reuma, y manifestó que era el primero intenso que le aquejaba; añadiendo que antes no tuvo mas que dolores fácilmente soportables, y que jamás había necesitado de los auxilios médicos. Le receté una unta oclmante y el loduro potásico, y tranquilizándole de paso le dije que volvería al día siguiente, haciendo ademán de irme.

Pero el buen señor, que era víctima de la manía de las narraciones, tan común en los viejos, me enjaretó toda su historia administrativa,—era jubilado de Hacienda y de categoría elevada—refiriéndome detalladamente todas las injusticias que con él habían cometido; y me soltó de pe á pa la relación de su vida familiar, por la sencilla razón de que D. José era ciego, y los únicos parientes que tenía, eran sobrinos muy lejanos.

Cansado ya de aquel chaparrón de palabras, me levanté decidido á retirarme, y entonces mi vecino metió la mano en un bolsillo de su batín, y sacando de él una pieza de dos pesetas, me la alargó con aire bondadoso.

—¿Qué es esto?—dije yo, sin tomar la moneda, porque aparte de que hace bastante tiempo no es costumbre pagar á los médicos en el momento de terminar las visitas, no podía figurarme que aquel hombre creyese que un facultativo de *mis* condiciones; y en Madrid, prestase sus servicios por ocho reales.

—No dice Vd. que volverá mañana?—me respondió D. José.

—Si señor, mañana.

—Pues... eso es la visita de hoy y de mañana.

Salí indignado y me mudé al día siguiente.

lly me quitaron y me dieron el grado de alférez en granaderos.

—Pues os han engañado, dijo Bizarro; la marquesa pudo muy bien no amar á su marido cuando se casó; pero después le amó tanto, que le ha dado cuatro hijos; en fin, yo hubiera sido un mal recaudo para esa noble y virtuosa señora; y no he querido serlo: preferí irme á París, y presentarme á la superiora de las Ursulinas, y á su madre, que hace un buen papel en la corte de Versalles, bajo el título de condesa de Salinas: un título que le han inventado para poderla invitar á las grandes fiestas de Versalles, del cual nadie ha dudado; como no se duda de tanta cosa epórica como rodea al señor rey Luis XIV. Me recibieron bien, y allí he estado algunos años, sirviendo, al servir á la superiora de las Ursulinas y á su madre, á madama de Maintenon, á quien ambas sirven. Traje dinero á España; pero como yo por santos míos no puedo darne á luz, y como había dejado aquí dos buenos amigos muy comprometidos, he gastado mi dinero en buscarlos, los he encontrado, y por no volver á Francia ni escribir pidiendo dinero, me he buscado la vida con ellos, que tampoco pueden darse á las Contaromos ahora con mi conocimiento con el abate de Alberoni: en cuanto yo le dije que era Bizarro, antiguo

—Es verdad, dije yo; robo, y cuando llega la ocasión, mato.

Pero, á pesar de que estaba ya bastante tomado con la malvasía, el Rhin, y el Oporto, hizo un movimiento.

—Yo no soy hipócrita, dijo Bizarro, y no me ocultó mas que de los migueletes: no se ha de dejar un hombre morir de hambre, mientras otros tengan dinero.

—¡Diablo, diablo! dijo Perea: pues yo he entendido que la marquesa de Nuestra Señora de las Nieves os estimaba mucho, y es muy rica.

—Me ha parecido bien el pasar por muerto para ella, dijo Bizarro; es feliz, poderosa y respetada, y para nada me necesita: yo he ido á verla porque la amo; pero ella no me ha visto á mí; si hubiera sido infeliz con su marido, la hubiera yo dejado viuda.

—Pues se dice en la corte, observó Perea, que la marquesa quería al rey, y que por esto la casaron con el conde de Monterey, que entonces todavía no lo era, y que la marquesa se sacrificó: yo me he informado de todo esto, porque me importaba; ya veis, yo amaba frenéticamente á la marquesa, y por ella me metió Pommeferre aquella mala estocada que me tuvo á la muerte: por ella estuve preso, hasta que los buenos oficios del general príncipe de Ti-

VIII

No sabemos si Bizarro había pedido de comer y de beber porque tenía necesidad de ello, ó porque le importaba achispar al teniente.

Este bebió.

—¡Que pequeñas son estas botellas! dijo: en dos tragos se acaban.

—Esperad, que por ahí dentro debe estar el cuarto de las botellas, dijo Bizarro.

Y se entró en la casa.

—Pues me parece que voy viento en popa, dijo Perea: cuando á uno le trata bien el abate Alberoni, y come con uno, y le enseña, sus queridas disfrazadas, y le envía á uno á entenderse con mala gente á un sitio oculto, hay que esperar algo; esperemos.

—Bebamos, dijo Bizarro, poniendo otras cuatro botellas sobre la mesa, cogid vos fuera el corcho de una, que yo echaré el de otra; y veremos con que antiguo amigo nos encontramos, y cambiaremos á fin de tratarnos por igual con estos señores.

Salieron á beber los cachos de dos botellas que se empinaron á la vez.

—Oporto, dijo Bizarro.